

tudela y ribera



Álvaro Beamonte, Ángel 2006 de Tudela, le anuncia a la Virgen, gritando, que su hijo ha resucitado, en el momento central de la ceremonia.

Tudela vivió el día más emblemático de su Semana Santa con la ceremonia de la Bajada del Ángel, protagonizada este año por Álvaro Beamonte, el niño encargado de anunciar la resurrección de Cristo. **TEXTO Nieves Arigita FOTOS Fermín Pérez-Nievas/N.A.**

Álvaro puso fin al luto de María

SIN retirar la mirada de su padre, el único referente seguro antes de echar a volar sobre Tudela, Álvaro Beamonte, de tan solo 8 años, cumplió con su misión, la de mensajero de la noticia más importante del cristianismo, la resurrección de Cristo. Se lo dijo a gritos a la madre de Dios –“Alégrate, María, porque tu hijo ha resucitado”–, en medio de una multitud expectante, entre la que sobresalía la imagen enlutada de la Virgen que fue abriéndose paso por la plaza Nueva sobre los hombros de los portadores de las andas.

Paso firme y seguro, lento hasta un extremo del centro neurálgico de la capital ribera para esperar la llegada del niño alado, cargado de aleluyas que este año, debido probablemente al nerviosismo lógico del momento, no llegaron a salir de la bolsa que el pequeño Álvaro llevaba sujeta a su pecho. Sin embargo, tras volver al templete, el chaval se encargó de solucionar el olvido y le comentó a José Luis Beamonte, su progenitor: “Papá, papá, los lanzo ahora, cuando bajemos a la calle”. Y así lo hizo, antes de comenzar la procesión, abanderado, para acompañar la imagen de la Virgen hasta la iglesia de San Jorge.

Minutos antes, en el segundo piso de la Casa del Reloj, se vivía el instante más agónico y tenso de la mañana, el de introducir al Ángel en el templete y colgarlo del gancho que le hace deslizarse por la maroma. A punto, músculos en tensión, los encargados de mover el pesado engranaje que hace que un niño como cualquier otro, se convierta



Ángeles de otros años rodean a Álvaro y al suplente de este año (abajo a la izquierda), Juan Carlos Ruiz.

en mensajero de la buena nueva con dos grandes alas en la espalda, fijaban toda su atención para ponerse manos a la obra. El reloj marcaba las nueve y pocos minutos de la mañana y en la capital ribera el Sol lucía espléndido. Comenzaba la ceremonia.

EL RITUAL Desayuno de Ángeles

Los Ángeles son madrugadores el

Los encargados de vestir al niño mostraron una vez más su saber hacer

Hacía años que no acudía tanta gente a la tradicional ceremonia

Domingo de Resurrección y se reúnen en el domicilio de los Terrén para desayunar juntos. Es una manera de descargar tensiones antes del ritual de vestir al niño que hará de Ángel, cuando la casa se queda en silencio y sólo se presta atención al cuidado con el que Marcos Milagro, Manolo y Goyo Terrén y Ana María Arregui se ponen manos a la obra con el corsé, el ropaje, las alas, las sandalias y la corona. “Si te molesta no pasa nada,

pero si te duele algo, lo dices, ¿vale?”, le repetía una y otra vez Anamari al niño, ya embutido en la parafernalia de cuero y anclajes que le unirían a la maroma. Todos a una, con una ternura y un cuidado que sigue atento cada año, entre sudores y emoción, Miguel Ángel Vallejo, fiel seguidor de la tarea de María Álava, el que durante semanas se ha encargado de enseñar a volar al crío junto a Javier Cordón, responsable de colgar en el último momento al chaval.

En esta ocasión, el pequeño Álvaro cumplió como un campeón y acudió a la anunciación después de comerse un bocata de panceta. “Así, así se hace, como los hombres, ni desayuno ni nada, con almuerzo”, le decía Marcos Milagro al niño durante la espera en la Casa del Reloj. Para entonces, las cosas marchaban como se había previsto y la suerte estaba echada, pese a que anteriormente, el niño había derramado unas lágrimas porque al ponerle una de las sandalias le habían hecho una leve rozadura. El mal rato pasó rápidamente, gracias al saber hacer de los Terrén, Arregui y Milagro que solucionaron la papeleta con algodón y palabras de calma. Mientras, José Luis Beamonte observaba en silencio a su hijo, más nervioso que el niño, sin palabras ante el interés de los medios de comunicación que rodeaban la escena, casi desbordado por los focos y los flashes, pero con el orgullo sin apenas dejarle respirar.

La voz del periodista tudelano Jesús Marquina relatando por megafonía el evangelio se oyó en toda la plaza al ritmo de los portea-